

jos; para que en su sagrada Pasion tuviésemos no solo gravísimos ejemplos, sino también grandísimos estímulos y motivos que nos incitasen á padecer algo por la salud propia, considerando cuánto quiso padecer el Señor de la majestad por la ajena. Esta es pues una causa de la grandeza de las pasiones del Salvador; de la cual se trata adelante en el capítulo xvii desta parte.

Otra es saber él que ninguna cosa hay debajo del cielo que mas le agrade que amar á Dios, y padecer trabajos por su amor. Porque constanos que el fin de toda la vida cristiana es la caridad, y la perfeccion della consiste en la perfeccion desa misma caridad; y entre los grados desta virtud, el mas alto es llegar á padecer alegremente trabajos por este Señor. Siendo esto así, ¿qué mayores estímulos y motivos se nos pudieran dar para lo uno y para lo otro, que los que se nos dan en esta sagrada Pasion? Lo cual en parte está ya declarado, y adelante se declarará mas.

A estas dos causas añado la postrera, como muy principal entre todas. Para lo cual se ha de presuponer que nuestro Dios y Señor viendo al príncipe deste mundo, que es el demonio, apoderado dél, adorado casi en todo él, con injuria del verdadero Dios, determinó echar fuera este tiranno, aunque armado y defendido con toda la potencia del mundo. Y esto pretendió él acabar, no con armas de hierro (porque no fuera honra suya plantar la fe con las armas que el príncipe de los herejes Mahoma dilató su mentira), sino con armas dignas de tal Emperador; que son armas divinas, fraguadas no en las herrerías de Milan por artificio humano, sino en el pecho de los santos mártires con el fuego del Espíritu Sancto. Estas armas eran fe firmísima, esperanza cierta de la corona, caridad inflamada, fortaleza invencible, constancia inexpugnable, y corazon generoso, despreciador de todas las prosperidades y adversidades del mundo.

Para entender lo que acerca desto hay mas que decir, conviene brevemente presuponer que ningunas lenguas, ni de hombres, ni de ángeles, bastan para declarar la sed ardentísima que el Salvador tenia de la gloria y honra de su eterno Padre, declarada en aquella sed corporal que padesció en la Cruz (r). Tampoco bastan estas lenguas para explicar cuán grandemente glorificaron los mártires á su Criador con la terribilidad de sus tormentos, con los cuales espantaron cielos y tierra, hombres y ángeles; y demonios. Pues como el Salvador deseaba tanto la gloria de su Padre, y veia cuán grande gloria se le daba con la fe y sangre destes fidelísimos y fortísimos caballeros, y entendia cuán grande esfuerzo y consuelo habían ellos de recibir en sus batallas con el ejemplo de su Pasion; por eso quiso él ir en la delantera con la bandera de la Cruz en la mano, y corona real de espinas en la cabeza, rasgadas las espaldas, y teñidas de sangre con los azotes, y con las llagas de piés y manos, para esfuerzo dellos.

§. V.

Aviso para los devotos.

Y porque no extrañe nadie lo que creemos y confesamos en el Credo, que es haber Dios padecido, muerto y sido sepultado; acuérdesse que Dios nuestro Señor en cuanto Dios, ni padesció, ni es posible padecer; mas padesció en cuanto era verdadero y perfecto hombre. Pero dícese haber él padecido, por haber él ayuntado

(r) Joann. 19.

conigo la naturaleza humana, en un supuesto, que es en la persona divina; y porque las obras se atribuyen á las personas que las hacen, y en aquellas dos naturalezas no hay mas que una sola persona, que era la divina; por esto así las obras de la una naturaleza, como de la otra, se atribuyen á esta divina persona. Y porque no le espante la ignominia de la Cruz y de la Pasion, acuérdesse que este Señor como es perfecto Dios, así es perfecto hombre, como todos los otros hombres; y pues la mayor gloria que puede tener un hombre, es padecer muerte por Dios (como la padecieron los mártires), no era razon que esta faltase al capitán y señor dellos, y al Sancto de los santos; pues era verdadero hombre, y podía con su muerte glorificar á Dios como ellos, y mucho mas que ellos. Y en testimonio desta gloria quiso él que las señales della se estampasen no en otros reposteros que en sus sagrados piés, y manos, y costado. Y así tendrémos este aviso: que cuando quisiéremos concebir en nuestras ánimas una grande admiracion y amor deste Señor, en cada una de sus pasiones y injurias habemos de traer á la memoria que ese que padeció es Dios, Señor de cielos y tierra. Mas cuando el demonio nos tentare, diciéndonos que es cosa indigna de tan grande Majestad padecer tales cosas, debemos acordarnos que él era verdadero y perfecto hombre; pero el mas sancto de los hombres, y no era razon (como decimos), que al mas Sancto de los santos faltase esta tan grande gloria de padecer por Dios.

Y esta fué la causa por que él quiso que su inocentísima Madre se hallase presente al pié de la Cruz, y padeciese el mayor de los dolores que ninguna pura criatura padesció. Porque como la causa del dolor sea el amor, como aquel su amor fué el mayor de los amores, así este fué el mayor de los dolores. Porque las cuatro llagas que padescia el Hijo dulcísimo en su cuerpo, eran cuatro puñaladas que ella padescia en su ánima; y la quinta (que fué la lanzada) ella la sintió, y no él. Y demas desto, cada martillada que los sayones daban en los clavos que hincaban en los piés y manos del Hijo, era un puñal que hincaban en el corazon de la Madre; y así cuantas martilladas ellos daban en los clavos, tantos eran los puñales que hincaban en aquel piadosísimo y amantísimo corazon.

Y para que las ánimas devotas sientan algo de la grandeza deste dolor, usaré para esto de un ejemplo. Pocos dias ha que en esta ciudad degollaron un mancebo por justicia, y pusieron su cabeza en un lugar público. Tenia este mancebo madre; la cual vencida con la impaciencia del dolor, fué á ver la cabeza del hijo, á la cual dijo mil lástimas, como madre lastimada. De ahí se fué á su casa: donde fué tan traspasada de dolor, que ese mismo dia espiró. Esto hizo la vehemencia del amor de madre á hijo, aunque hijo culpado. Piense pues agora el ánima religiosa cuánto mayor sería el amor de la Virgen sanctísima para con su Hijo, y mas tal Hijo, al cual vió ella con sus ojos desnudo en una Cruz, colgado de tres clavos, y despues alanceado; y sobre todo esto lo tuvo así muerto entre sus virginales brazos. Pues ¿adónde podrémos imaginar que llegaria este dolor, que tantos años ántes le profetizó Simeon (s)? Ciertamente así como cuando el Salvador ántes de su Pasion dijo (t): Triste está mi ánima hasta la muerte; dió á entender que aquel dolor bastará para causarle la muerte, si él no lo

(s) Luc. 2. (t) Matt. 26.

impidiese: así podemos con verdad decir que este dolor de la Virgen bastara para lo mismo, si Dios no la guardara para el bien de su Iglesia.

Donde se debe mucho considerar en este paso que todos estos dolores quiso el amantísimo Hijo que ella padeciese, no por sus pecados (que no los tenia), ni por los del mundo (porque la Pasion dél bastaba), sino porque á la mas Sancta de las sanctas no faltase la mayor gloria que los sanctos tuvieron: que fué padecer grandes dolores por Dios. Porque cuanto esta obra es mas costosa, tanto es de mayor merecimiento, y tanto mas declara la fineza de la virtud y la perfeccion de la caridad.

CAPITULO VII.

Cómo en la sagrada Pasion resplandescen singularmente la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres.

Despues de la bondad síguese la caridad de Cristo nuestro Señor para con los hombres, la cual procede desa misma bondad. Y esta resplandescen tanto en el misterio de la Encarnacion y Pasion de nuestro Señor, que á ella señaladamente atribuyen los sanctos, y mas particularmente Sant Augustin, la causa destes misterios (a). Porque el Salvador venia á encender fuego de amor en la tierra, como él mismo dice (b), y entendia que el mayor incentivo deste fuego era mostrarnos él la grandeza de su amor. Lo cual prueba este sancto por ejemplo del amor profano; porque los que con este amor desean ser amados, todo su estudio ponen en declarar á la parte el grande amor que le tienen. Pues esto hizo nuestro clementísimo Redemptor, mostrando á los hombres la grandeza del amor que les tenia, en esta obra tan llena de amor. Por lo cual señaladamente se atribuye la obra de la Encarnacion al Espíritu Sancto, porque él es esencialmente amor.

Para tratar pues deste divino amor, declarémos aquí dos grados ó diferencias dél. Para cuya inteligerencia se debe presuponer que así como señalan los sanctos dos maneras de gracias, una que llaman preveniente (con que nuestro Señor previene al hombre para que salga del pecado, y sea justificado), y otra que llaman subsecuente (que es la que le acompaña despues de justificado para que haga buenas obras, y viva como hijo de Dios), así podemos imaginar en nuestro Señor dos amores, uno preveniente y otro subsecuente; porque aunque en él no haya primero ni postrero, pasado ni venidero (pues todas las cosas le están presentes); mas nuestro entendimiento halla esta orden y consecuencia en la misma naturaleza de las cosas, aunque en él no la haya. Y así ponemos en él éstos dos amores: conviene saber, amor preveniente (que es el que tuvo á los hombres ántes de la gracia de la redempcion, cuando determinó por su sola bondad redimirlos), y otro amor que podemos llamar subsecuente, que es el que les tiene despues de ya redimidos, y sanctificados, y hechos participantes de su espíritu, que es otra causa deste amor. Pues destes dos amores tratarémos aquí; porque ambos son eficacísimos para abrasar los corazones en el amor deste Señor que así nos amó.

Pues cuán grande caridad y misericordia haya sido amarnos el Señor (que es determinar de enviarnos remedio), estando contaminados con todos los pecados, encarece el Apóstol por estas palabras (e): Apénas se

(a) De Cath. Rudib. cap. 4. tom. 4. (b) Luc. 12. (c) Rom. 5.

hallará (dice él) quien quiera morir por dar vida á un justo: aunque podria ser hallarse por darla á un bueno que fuese aventajadamente justo. Pero en esto nos declaró Dios la grandeza de su caridad: que no siendo tales, sino contaminados con mil maneras de pecados, Cristo quiso morir por los que tales éramos.

Pero muy mas á la larga amplifica él este summo beneficio, considerando esta indignidad de las personas á quien fué hecho, escribiendo á los de Efeso estas divinas palabras (d): Estando vosotros muertos en vuestras maldades y pecados, viviendo conforme á las leyes y costumbres deste mundo, y del príncipe dél, que es el demonio (el cual obra en los corazones de los hijos de la desconfianza, que son los hombres perdidos y desalmados), y viviendo conforme á los apetitos y deseos de vuestra carne, de la manera que nosotros tambien algun tiempo vivimos; por lo cual éramos hijos de ira; esto es, enemigos de Dios, y sentenciados á muerte; estando pues en este miserable estado, Dios que es rico en misericordias, por la grandeza del amor que nos tuvo, estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos resuscitó y dió vida en Cristo (por cuya gracia sois salvos), y nos asentó en los cielos con él; para mostrar en los siglos advenideros las riquezas abundantes de su gracia, y de la bondad de que usó con nosotros por Cristo. En las cuales palabras vemos ayuntadas en uno aquellas tres divinas perfecciones que dijimos: misericordia, caridad y bondad. Por las cuales fué determinado en el consistorio de la sanctísima Trinidad que se hiciese este summo beneficio á los que no solo no lo merecian, mas ántes totalmente lo desmerecian por la muchedumbre de sus maldades. Por lo cual podrán juzgar los hombres cuánto deben amar á aquel Señor, que siendo ellos tan malos y capitales enemigos suyos, los previno con su misericordia, determinando hacerles este summo beneficio. Y desta prevencion divina se aprovecha el evangelista Sant Juan (e) para exhortarnos al amor de nuestro Redemptor, alegando que él primero nos amó; esto es, que determinó dar remedio á los que estábamos perdidos; ántes del cual no podiamos nosotros, siendo hijos de ira, amarle meritoriamente, sin que él primero nos diera facultad para ello con la gracia de la redempcion. Y esto es lo que él encarece por el mismo Sant Juan con estas divinas palabras (f): De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él á su unigénito Hijo. Y darlo fué entregarlo á los mayores dolores que jamas se han padecido. Si dijera que lo dió solamente por rey, ó por maestro, ó por ejemplo y dechado de todas las virtudes (como de hecho lo dió), no nos maravilláramos tanto; porque natural cosa es de aquella summa bondad hacer bien, y comunicarse á sus criaturas; mas darlo fué entregarlo á los mayores dolores y deshonras que se han visto. Esto es lo que suspende en una grande admiracion todos los entendimientos que esto saben ponderar. Porque no fué otra la causa desto, que conocer el eterno Padre los grandes y inestimables bienes que de aquí se seguian al hombre. De modo que amó tanto, y deseó tanto nuestros bienes, que no se le hizo caro comprarlos con la sangre y muerte de su unigénito Hijo.

Crece aun esta admiracion si consideráremos cuáles eran los hombres que él así quiso remediar. Lo cual se entenderá por la infinidad de pecados con que el mundo estaba contaminado, considerándolo ántes que fuese par-

(d) Ephes. 2. (e) 1. Joan. 4. (f) Joan. 3.

ticipante de la redempcion de Cristo; los cuales cuenta el Apóstol en el primer capítulo de la Epístola escrita á los romanos; que comprehenden todas las maldades y abominaciones que el entendimiento humano puede imaginar. Porque desamparados los hombres de la gracia de la redempcion, y dejados en manos de su libre albedrío, no se contentaron con caer en todos los vicios humanos; mas tambien vinieron á imitar la fiera de las bestias, haciéndose maliciosos como serpientes, ponzoñosos como víboras, crueles como tigres, bravos como leones, carnívoros como lobos. Y sobre todo envidiosos y soberbios como los mismos demonios. Pues por lo dicho se entenderá cuán admirable fué la caridad de nuestro Dios; pues siendo tan enemigo de los malos y de su maldad, de tal manera determinó remediarlos, que entregó su unigénito Hijo á la muerte por ellos. ¿Pues quién aquí no pasma y enmudece considerando la realza y magnificencia desta bondad, y la grandeza deste amor? Porque mereciendo los hombres que en aquel estado vivían, mil infiernos, les envió su unigénito Hijo, para que á costa de su sangre les mereciese el reino de los cielos.

§. I.

Del amor consiguiente, que es causa de todos los sanctos que ha habido y habrá en la Iglesia.

Vengamos al otro amor que llamamos consecuente; el cual considera la hermosura de las ánimas redimidas, y sanctificadas, y hechas templos vivos del Espíritu Sancto. Las cuales ama él con tan grande amor, que como dice el Apóstol (g), sobrepuja todo lo que se puede entender. Y en este número entra la universidad de todos los justos que hubo dende el principio del mundo, y habrá hasta que se acabe, que son mas que las estrellas del cielo.

Esta compañía tan gloriosa vió Cristo dende el instante de su concepcion tan distintamente como si la viera con los ojos corporales. Y aquí vió todos los padres del Testamento Viejo, que fueron patriarcas, y profetas, y reyes, con aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos que el mismo Sant Juan vió señalados de los doce tribus de Israel (h). Vió tambien todos los sanctos del Testamento Nuevo, que fueron primeramente aquel glorioso senado de los apóstoles y varones apostólicos, fundadores de la fe; vió el ejército rutilante de innumerables mártires, hombres y mujeres, viejos y niños, con las heridas y insignias gloriosas de sus martirios y triunfos; vió la orden de los sanctos pontífices y pastores, que día y noche velaban solícitamente sobre la guarda de su ganado; vió la de los sanctos doctores que con la luz de su doctrina y ejemplo de vida lo apascentaban y recreaban; vió la pureza de los otros sanctos confesores, que como estrellas lucientes resplandescían en el cielo de su Iglesia. Y entre estos vió la alteza de aquellos sanctos monjes, que muertos al mundo, y vivos á Dios, empleaban los días y las noches en la contemplacion de las cosas celestiales, viviendo en la carne como si estuvieran fuera della. Y junto con estos vió millares de religiosos de diversas órdenes, que sacrificaron á Dios sus voluntades, viviendo debajo del seguro yugo de la sancta obediencia. Y sobre todo esto vió los coros de innumerables vírgines, que renunciados todos los deleites y halagos del mundo, consagraron sus cuerpos y ánimas

(g) Ephes. 3. (h) Apoc. 7.

al Esposo celestial. Vió tambien la compañía de las honestísimas viudas; entre las cuales vió la casta Judit, y la profetisa Anna, del Evangelio (i), con otras innumerables; las cuales domando la carne con ayunos y oraciones, se llegaban á la dignidad de las vírgines, ofreciendo á su Criador fruto de sesenta (k). Ni faltaron aquí muchos sanctos casados, que segun la doctrina del Apóstol (l), tenían las mujeres como si no las tuviesen, y usaban deste mundo como si dél no usasen; entre los cuales entra el rey David, y el patriarca Abraham, Isaac y Jacob, y Sant Luis, rey de Francia, y Sant Eduardo, casado y virgen, rey de Inglaterra, con otros muchos. Toda esta gloriosa compañía vió el Salvador en espíritu, tan distintamente como si la tuviera presente; y con la misma claridad vió la diversidad de las gracias, y virtudes, y dones del Espíritu Sancto que por el mérito de su Pasion en ellos habian de resplandescer.

§. II.

Explicase mas en particular la grandeza deste amor que Cristo tiene á sus ánimas.

Pues segun esto, ¿cuál sería el alegría que este Señor recibiría con este espectáculo tan glorioso de tan grande número de ánimas hermoeadas con la abundancia de los dones y gracias que él les habia de merecer con el sacrificio de su Pasion? Dice Sant Crisóstomo (m), que no hay en el mundo hombre tan enamorado de una criatura, aunque sea de los que andan enhechizados por ella, que tanto la ame, cuanto Cristo ama una ánima pura y humilde, muerta al mundo, y viva á solo Dios. Pues si sola una ánima es tan amada deste Señor, ¿cuánto mas lo serian tantos cuentos de ánimas sanctísimas y perfectísimas en todo género de virtud y sanctidad? Cuando al principio del mundo criaba Dios cada cosa, decia primero que era buena (n); mas cuando acabando la obra de la creacion, vió todas las cosas que habia criado juntas, dice que le parecieron no como quiera buenas, sino en gran manera buenas. Pues así decimos que si tan grande es el amor que tiene Cristo á una sola ánima buena, ¿cuál será el que tuvo á tan grande número de ánimas buenas, sino tantas veces mayor, cuanto ellas son mas en número? Y segun esto ¿cuán de corazon ofrescería él la vida, y mil vidas que tuviera, por la sanctificacion y hermosura de tantas ánimas?

Encarecen los escriptores gentiles la hermosura de la reina Helena (por quien Troya se perdió), diciendo que no tenían por cosa indigna los príncipes troyanos, y el mismo rey Priamo, sustentar la guerra tantos años entre sí y los griegos por la hermosura desta reina (o). Y aunque este ejemplo sea profano, servirá para declarar en nuestro propósito, cómo no tienen los sanctos doctores de la Iglesia por cosa indigna de aquella soberana grandeza padecer muerte por la sanctificacion y hermosura de las ánimas; ni tampoco lo tuvo aquella real Majestad padecer los dolores que padesció, por la hermosura desta su Iglesia; no por la que ella tenia en sí, sino por la que él le habia de dar con su sangre.

Mas porque estos ejemplos de amores de carne son bajos para declarar la grandeza de la caridad de Cristo, traeré otro mayor de la caridad de Sant Pablo, el cual hace juramento solemne, diciendo (p) que tomara por partido ser anatema de Cristo (que es carecer de las ri-

(i) Luc. 2. (k) Matt. 13. (l) 1. Cor. 7. (m) Homil. in Psal. 48. tom. 1. et sup. c. 5. Ep. ad Eph. hom. 20. t. 4. (n) Genes. 1. (o) Extat exemp. pro Martirib. apud Aug. Ep. 9. t. 2. (p) Rom. 9.

quezas que esperaba gozar en él), porque sus próximos y hermanos del linaje de los judíos se convirtiesen á la fe, y se salvasen. Pues si la caridad de Sant Pablo llegaba aquí, ¿adónde pensamos que llegaría la de Cristo para con todos sus escogidos, pues es cierto que tanto excede la caridad de Cristo á la de Sant Pablo, cuanto la claridad del sol á la de una estrella? Pues ¿con qué amor amaría á sus escogidos quien tal caridad tenia? Y la razon que tiene para amarlos, es ver en ellos el fruto de su Pasion, y su mismo espíritu; y así los ama como el primer hombre amó la primera mujer. El cual sabiendo por revelacion de Dios que habia sido formada de su propia substancia, amóla como á sí mismo, y como á cosa suya propia (q). Pues desta manera dice Sant Pablo que ama Cristo á su esposa la Iglesia (r); porque ve en ella su mismo espíritu, el cual le da el sér espiritual que tiene; y así la ama como á cosa suya propia, salida de su precioso costado. Amala otrosí como la cabeza á sus miembros, en quien influye su espíritu y su gracia. Amala tambien como padre á sus hijos, á los cuales dió todo el sér espiritual que tienen. Y no solo conoceremos aquí amor de padre, sino tambien de madres, las cuales tienen otra particular razon de amar á sus hijos, por haberlos parido con dolor, y con peligro de la vida. Pues tampoco falta á nuestro Salvador esta razon de amor, pues con tantos dolores nos parió en la cama de la Cruz. Y así puede él muy bien decir al pueblo cristiano lo que Raquel dijo cuando parió á Benjamin, muriendo del parto dél (s); por lo cual puso por nombre al hijo que parió, Benoni, que quiere decir, hijo de mi dolor. Pues ¿con cuánta mayor razon puede el Salvador decir á cada uno de los fieles hijo de mi dolor; pues con tan grandes dolores ganó á cada uno dellos esta dignidad de ser hijos de Dios? En lo cual vemos claramente cómo todas las razones y causas de amor para con sus fieles siervos se hallan en Cristo nuestro Señor. Porque él los ama como el padre y la madre aman á sus hijos, y como la cabeza á sus miembros, y como el esposo á la esposa que le fué sacada del lado cuando dormía el sueño de la muerte en la Cruz, porque entónces se desposó con la Iglesia. Vea pues agora el vil gusanillo con qué retorno de amor debe corresponder á este tan grande, y tan noble, y tan fiel amador.

§. III.

Causas deste grande amor de Cristo, y efectos que dél se siguieron.

Mas agora veamos los efectos que se siguieron deste amor. Entre los cuales el primero es el que ya dijimos, que fué tomar sobre sí las deudas de todos nuestros pecados, y satisfacer por ellos. En figura de lo cual leemos que estando destruida toda la tierra de Egipto con la plaga de las langostas, y haciendo Moisen oracion por el remedio della, dice la Escripura que envió Dios un viento abrasador, el cual arrebató toda aquella infinidad de langostas, y dió con ellas en el mar Bermejo, donde todas se ahogaron. Pues ¿qué es esto, sino lo que dijo el Profeta hablando deste Señor (t), que él tomara todas nuestras maldades, y arrojaria en el profundo de la mar todos nuestros pecados? Mas esto fué en el mar Bermejo; para que entendamos que en el mar de su preciosa sangre fueron ellos ahogados.

El segundo efecto fué tomar él para sí los dolores y

(q) Genes. 2. (r) Ephes. 5. (s) Genes. 35. (t) Mich. 7.

tormentos de su Pasion, y dar á nosotros el fruto y merecimiento dellos. Lo que de aquí se sigue, se habia de decir de rodillas, y levantadas las manos y los ojos al cielo. Porque esto fué hacer este Señor con los hombres lo que hace un esclavo con su señor; el cual anda á ganar todo el día con su trabajo, y lo que gana da á su amo, y él se queda con solo el trabajo. Lo cual hizo por nosotros este piadosísimo Redemptor. Pues ¿adónde podia mas llegar la caridad deste Señor, que hasta aquí? ¿Quién pudiera hacer esto sino Dios, cuya bondad y caridad es incomprehensible?

El tercero efecto fué morir él corporalmente, porque el hombre no muriese espiritual y eternalmente. Por lo cual dijo Sant Augustin (v): Amásteme, Señor, mas que á tí, pues quisiste morir por mí. Y dado caso que la divinidad ni padesció, ni podia padecer, mas padesció aquella sagrada humanidad, la cual él amaba mas que á todas las cosas criadas; y con todo esto la ofresció en sacrificio por librarnos de la muerte que todos debíamos, con la suya que nada debia. Séneca escribe que en el tiempo de las guerras civiles de Roma, entrando los soldados muy furiosos á buscar un senador para matarlo, un esclavo suyo se vistió de las ropas del señor, y se puso su anillo en el dedo para engañarlos. Y así se ofresció á la muerte por escapar della á su señor. Pregunto pues agora: si este esclavo sanara de las heridas, y viviera, ¿qué fuera razon que hiciera su señor en pago desta tan extraordinaria lealtad? Si él era hombre de ley, no le pareceria que habia beneficio que fuese bastante recompensa de tan grande amor. Mas volvamos agora este negocio al revés: conviene saber, que el Señor hiciese esto por su esclavo; ó subamos este negocio mas arriba, y digamos que algun rey hiciese esto por un esclavo; pues en este caso ¿qué dirían los hombres? Dirían que esto era extremo y exceso demasado; y aun dirían que era locura, considerando la distancia que hay entre la alteza de la persona real, y la bajeza de un esclavo. Pregunto pues agora: ¿cuál es mayor distancia, la que hay entre el rey y su esclavo, ó la que hay entre Dios y el hombre? La respuesta está en la mano: Porque sabida cosa es que de lo finito á lo infinito ni hay proporcion ni comparacion. Pues si los hombres tendrian por extremo de locura poner el rey su vida por la de su esclavo, ¿qué diríamos viendo poner á Dios su vida por los hombres? Porque en aquella infinita sabiduría no podemos poner extremo de locura; por donde es necesario poner un extremo de infinita é incomprehensible bondad y caridad. Pues cuando el ánima religiosa llegare aquí, ahí se deje estar, ahí repose, ahí se adormezca, ahí salga de sí misma, y no pase adelante. Porque entre todas las maravillas y consideraciones que se ofrescen en este misterio, esta (á mi juicio) es la mas admirable y mas poderosa para enternecer corazones de hierro. Y si quisiere pasar adelante, acuérdesse que á esto se puso aquel Rey soberano, no por esclavo bueno, sino malo; y que pudiendo remediarlo por muchas otras maneras, escogió esta que para él era tan costosa, por ser para el tal esclavo de mucho mayor fruto que cualquiera otra. Pues esto con lo que está dicho, nos descubre un incomprehensible y inmenso piélago y abismo de la infinita bondad y caridad de nuestro Dios y Señor. Por lo cual dije al principio desta parte que era necesario descalzar los zapatos, y desviar los ojos de todas las bondades y

(v) August. in Meditat. et Mann.

perfecciones criadas, cuando queremos tratar de la bondad y perfecciones del Criador.

Mas quien quisiere saber la origen deste amor del Salvador para con los hombres, lea el capítulo precedente, y ahí verá las fuentes y raíces deste amor; que son la grandeza de las riquezas y gracias que fueron concedidas á la sagrada humanidad de Cristo, y la grandeza del amor y obediencia que él tuvo á su eterno Padre, y la grandeza del deseo que tiene de la gloria dél. Por estas cuatro grandeas que allí se declaran, se entiende la grandeza deste amor de que aquí se ha tratado. Y para mas clara inteligencia desto, considere la grandeza del amor y deseo que algunos santos tuvieron de la salvacion de las ánimas, como fué el glorioso padre Sancto Domingo, el cual se derretia todo como una hacha encendida por la perdicion dellas. Considerémos tambien la caridad del apóstol Sant Pablo (de quien adelante hacemos mención) el cual deseaba ser anatema de Cristo por la salud de sus hermanos (x); y la de Moisen que pedia otro tanto, porque Dios perdonase los pecados de su pueblo (y); y donde no, que le borrarse del libro en que lo habia escripto; y la caridad de Sancta Caterina de Sena, que besaba la tierra que hollaban los predicadores, por tener oficio de salvar las ánimas, y pedia á nuestro Señor que tapase con ella la puerta del infierno, para que ninguna ánima pudiese entrar allá. Pues como la caridad de Cristo sea tanto mayor que la de todos los santos, quanto él es mayor que ellos, ¿cuál sería el deseo que tendria de la salvacion dellas, y cuán de voluntad se ofreceria á la muerte por ellas? El cual amor y deseo declaró él cuando dijo á sus discípulos, que le traian de comer (z): Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que me envió, y acabar la obra que él me encomendó, que fué la redempcion del género humano.

CAPITULO VIII.

Cómo en la sagrada Pasion señaladamente resplandescen la misericordia de Cristo nuestro Señor.

Ni ménos resplandescen en esta obra la misericordia de Dios que su bondad y caridad, de que habemos tratado. Donde se ha de notar que así como á la caridad pertenesce comunicar los bienes propios, así á la misericordia compadecerse de los males ajenos, y tomarlos sobre sí para remediarlos. Lo cual hizo nuestro clementísimo Redemptor por las entrañas de su gran misericordia. Para lo cual es cosa muy digna de notar que el pecado (si así se puede decir) tiene dos caras: una que mueve á indignacion, y otra que mueve á compasion, considerando la gran desventura y miseria que consigo trae, pues hace al hombre enemigo de Dios, y le priva del summo bien en que están todos los bienes. Es pues agora de saber que ántes del Diluvio miró Dios la cara del pecado que mueve á indignacion; y así destruyó el mundo con aquel Diluvio general que purgó toda la tierra (a). Mas cuando lo quiso redimir, miró la cara que movia á compasion; y así determinó remediar al hombre con el diluvio de su sangre preciosa. De aquel tiempo se escribe que viendo Dios la gran malicia que habia en el mundo, porque toda carne, que es, todos los hombres (b), estaban estragados con todo género de vicios y carnalidades; tocado interiormente de dolor (esto es, de ira y de indignacion), determinó quitar al hombre de encima de la tierra. Mas aquí por lo contrario,

(z) Rom. 9 (y) Exod. 32. (x) Joan. 4. (a) Genes. 7. (b) Genes. 6.

tocado de dolor, no de ira ni de indignacion, sino de compasion, vista la perdicion del mundo, determinó proveerlo de remedio. Usa la Escritura destes términos, ira, dolor é indignacion, y compasion, no porque haya estos afectos en la naturaleza divina, sino por hablar en nuestro lenguaje, y declarar los efectos que destes afectos proceden.

Movido pues aquel misericordioso y divino pecho con el espectáculo miserable de todos nuestros males, así de culpa como de pena, determinó por las entrañas de su misericordia, como dice Zacarías (c), bajar de lo alto, y alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, tan cercanos á ella, quanto está la sombra del cuerpo que la causa. Significando por estas palabras que no precedieron aquí méritos de los hombres, sino tinieblas y miserias. Por donde dice Sant Augustin (d) que no trajeron al Salvador del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Los cuales sentia él mas que los dolores de su Pasion; porque mas le dolia ver á Dios tan ofendido, y los hombres tan perdidos, que todos cuantos dolores su cuerpo padesció.

Pues esta tan entrañable compasion le hizo tomar sobre sí todas las deudas de nuestros pecados, las cuales todas iban en aquella pesada Cruz que llevaba sobre sus hombros, como Sant Pedro dice (e), ofresciéndose él á ser el fiador y principal pagador dellas, para que á costa suya quedásemos todos libres. Y aunque no es cosa agradable á Dios, que el inocente pague lo que no debe; pero esle muy agradable la caridad y misericordia del que se ofrece á pagar por el pobre que debe. Y con esta tan costosa y sobrada paga fueron descargados todos nuestros pecados. Esto nos representó aquella serpiente que se hizo de la vara de Moisen (f), de la cual se escribe que se tragó las otras serpientes que los encantadores habian hecho con sus varas. Porque esta bendita serpiente nos representa á Cristo en la Cruz, en la cual tenia imágen de pecador, sin serlo; mas esta serpiente tragó las otras serpientes, que son los pecados, los cuales él quitó y consumió con el sacrificio de su Pasion.

Y tan de véras tomó sobre sí esta deuda, que nuestros pecados llama suyos, por tomar él á su cuenta la paga dellos. Y así dice en un salmo (g): Cercádome han, Señor, males que no tienen cuento, y hanme comprendido mis pecados, los cuales son tantos, que no se pueden ver. Y en otro salmo (h), se querella que el Padre eterno lo habia desamparado, y alejado dél la salud por razon de sus pecados. En las cuales palabras el inocentísimo Cordero, en cuya boca nunca se halló engaño, llama pecados suyos los que él habia tomado sobre sí para descargarnos dellos. Y esto es lo que tantas veces repite Esaías en el capítulo LIII, que todo trata de la Pasion del Salvador. Y así dice: El fué llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados. La disciplina causadora de nuestra paz cargó sobre él, y con sus llagas fuimos nosotros curados. Y porque todo esto se hizo por orden del Padre, que por este medio quiso que se redimiese el mundo, dice el mismo Profeta que el Señor puso sobre los hombros dél las maldades de todos nosotros. Y porque no pensásemos que la voluntad del Hijo era diferente de la del Padre, añade

(c) Luc. 1. (d) De Verb. Apost. serm. 8. cap. 7. tom. 10.

(e) 1. Pet. 2. (f) Exod. 7. (g) Psalm. 59. (h) Psalm. 21.

luego el Profeta, diciendo (i): Ofrescióse á la muerte, porque él por su propia voluntad se quiso ofrescer, y por esto no abrió su boca para quejarse, ni resistir á nada.

Esta obra de tan gran misericordia nos representó aquel piadoso samaritano del Evangelio (k), el cual hallando en el camino al herido y robado de ladrones, movido á compasion, curó sus llagas, y púsole en su jumento, caminando él á pié, y entrególo al dueño de una posada, sacando él dinero de su bolsa para que el herido fuese curado, obligándose á pagar lo demas, si mas gastase. Pues ¿quién es este doliente robado y herido de ladrones, sino el hombre miserable, que por el pecado introducido en el mundo por los demonios, perdió los bienes de gracia que habia recebido, y quedó herido en los bienes de naturaleza? Al cual nuestro piadoso samaritano, que es Cristo, curó con la medicina de sus sacramentos, y púsole sobre su jumento, quedándose él á pié, tomando para sí el trabajo, para dar descanso al herido, y cometiendo á los ministros de su Iglesia que prosiguiesen esta cura á costa suya, que es aprovechándose de los méritos de su sagrada Pasion, por los cuales se nos da el beneficio de la absolucion, que es la medicina de nuestros males. Pues todo este bien dijo Zacarías en su cántico que nos vino por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por la cual nos vino á visitar dende lo alto (l). Y esta es la que señaladamente resplandescen en la sagrada Pasion, en la cual nuestro clementísimo Redemptor, como él dice, pagó lo que no habia robado; porque los robadores, que somos nosotros, quedásemos libres y descargados (m).

CAPITULO IX.

Cómo la divina Providencia singularmente resplandescen en la sagrada Pasion de Jesucristo.

Tres caudalosos rios proceden del piélago de la divina bondad, que son caridad, misericordia y providencia. La caridad tiene por oficio comunicar sus bienes; la misericordia, como ya dijimos, compadecerse de los males y procurarles el remedio; mas la providencia hace lo uno y lo otro. Esto se ve en las inclinaciones y habilidades que dió el Criador á todos los animales para procurar lo que les cumple, y huir de lo contrario y dañoso, procurar su bien, y huir su mal.

Pues cuál sea la providencia que Dios tiene de los hombres, y señaladamente de todos sus escogidos, toda la sancta Escritura á cada paso nos la representa, especialmente los salmos, y los profetas, y todo el Nuevo Testamento, donde tantas veces se declara el cuidado que tiene Dios de sus siervos. Mas en ninguna cosa nos declaró mas esta providencia que en darnos á su unigénito Hijo, en el cual nos proveyó de todas las cosas necesarias á nuestra sanctificacion y salvacion, sin dejar cosa á que no señalase su particular medicina y remedio. Porque él primeramente alumbró nuestra ignorancia con su doctrina, esforzó nuestra flaqueza con sus ejemplos, encendió nuestra tibieza con sus beneficios, cura las dolencias de nuestras ánimas con la medicina de los sacramentos, y susténtalas con el manjar de su precioso cuerpo. Y allende desto, él satisfizo por nuestras deudas con sus dolores, él enriqueció nuestra pobreza con sus merecimientos, él enciende carbones sobre nuestro corazón con el fuego de su amor, y él asiste y acompa-

(i) Ibidem. (k) Luc. 10. (l) Luc. 1. (m) Psalm. 68.

ña á su Iglesia hasta el fin del mundo (a). Y sobre todo esto él está en el cielo representando al Padre eterno el precio de nuestra libertad, que son sus sacratísimas llagas, con las cuales aboga siempre por nosotros, y alcanza remedio para nuestros males. En lo cual todo se ve cuán grande sea el cuidado y providencia que tiene este clementísimo Redemptor de los suyos, y por cuántas vias y medios los incita y ayuda á toda bondad y sanctidad. Todo esto nos declara cuánto mas resplandescen la divina Providencia en habérsenos dado Cristo, y en su sagrada Pasion, que en todas las otras cosas; pues por ella nos vinieron todos estos y otros muchos bienes. Mas esto se verá mas claro adelante, cuando tratáremos de los frutos del árbol de la sancta Cruz; porque todos ellos son ayudas singulares para conseguir nuestra felicidad y último fin, que es el oficio propio de la Providencia.

CAPITULO X.

Cómo resplandescen la justicia divina en la Pasion de nuestro Salvador.

Aunque la misericordia de nuestro Dios singularmente resplandescen en la Pasion del Salvador, pues toda fué obra de misericordia no debida, mas no por eso deja tambien de descubrirsenos en ella el rigor de la divina justicia. Para lo cual se presupone que como Dios es summamente perfecto, así lo son todas sus obras (a), de las cuales se dice que están hechas con número, peso y medida, para significar la orden y perfeccion con que están hechas y ordenadas. Entre estas obras una muy principal es la república deste mundo; y la ley eterna por donde él la gobierna, es aquella por la cual todas las repúblicas bien ordenadas se rigen, que es haber en ella castigo para los malos, y para los buenos galardón. Y cuando esto se hace, está la república bien ordenada; mas cuando esto falta, que es cuando á los buenos se niega el galardón, ó á los malos el castigo, en este caso está la república mal ordenada. Pues segun esto no era razon que en esta república de Dios hubiese esta fealdad y desorden, que tanta infinidad de maldades, y de agravios de prójimos, y de injurias y blasfemias cometidas contra aquella inmensa Majestad quedase sin castigo y satisfaccion.

Esta satisfaccion quiso el Salvador por las entrañas de su misericordia tomar á su cargo, ofresciéndose á satisfacer por esta deuda tan universal, como está ya dicho, y por eso cargaron sobre él todas las saetas de la divina justicia. Y así dijo el profeta Jonas en persona dél (b): Todos tus mares, Señor, y tus ondas pasaron sobre mí, y yo dije: Desechado estoy de la presencia de tus ojos. Y el mismo Señor en el salmo (c), hablando con su eterno Padre, dice: Sobre mí se confirmó tu furor, y todas las ondas de tu ira pasaron sobre mí. Mas cuán rigurosa haya sido la justicia que en este Señor fué ejecutada, entiéndese por la grandeza de los dolores que padesció, los cuales fueron, como averiguan los teólogos (d), los mayores que se han padescido y padecerán jamas en esta vida, segun que arriba se declaró.

Pues en la grandeza desta Pasion verá el hombre la severidad y rigor de la divina justicia, que tal satisfaccion pidió por los pecados del mundo. Y aunque de aquella inocentísima carne procedia aquella agonía del

(a) Matth. ult. (a) Sap. 11. (b) Jonx. 2. (c) Psalm. 87. (d) D. Thom. 3. p. q. 46. art. 6.